

su voto. Pero ya nadie le escuchaba y el escrutinio había empezado. Veinticuatro sufragios negativos fueron los últimos vestigios de una desaprobación que al principio había parecido casi unánime (1).

Faltaba la ratificación del Senado. Según la Constitución, á la alta Cámara le estaba confiada la guardia de las libertades públicas. ¡Qué buena ocasión para enaltecer su misión! Pero ¿quién se acordaba del Senado? La ley pasó del palacio Borbón al palacio del Luxemburgo, sin que el público, distraído ya por otras cosas, tratase de penetrar el misterio que envolvía las deliberaciones de la venerable Asamblea. La verdad es que los senadores, lo mismo que los diputados, vieron los excesos, los deploraron en sus conversaciones íntimas, y luego cedieron por lasitud ó por debilidad, sacrificando á lo que llamaban el interés social la legalidad de que eran los guardianes. Para algunos, poco escrupulosos, era superflua « toda aquella reglamentación de la arbitrariedad. » « En tiempos pacíficos, decía Haussmann, tal arma es inútil; en caso de peligro extremo, á cada cual le toca inspirarse en las circunstancias por su cuenta y riesgo, y entonces poco importan las leyes (2). » Al discutirse aquellas medidas de seguridad general, una sola voz se levantó en defensa del derecho y fué la del general Mac Mahón. Este se negó á ratificar la ilegalidad, ni aun contra enemigos que su espada hubiera combatido sin tregua, pero que su lealtad se resistía á proscribir. Su discurso consta en las actas de la alta Cámara (3); y de todas las protestas que la famosa ley hizo surgir, esa es la más noble y la más digna de ser recordada.

El gobierno estaba tan seguro del voto senatorial que los prefectos formaban ya las listas de las víctimas. Unas cuatrocientas personas fueron mantenidas más ó menos tiempo en estado de arresto, y de ellas, más de trescientas fueron desterradas á Argel (4). Todos eran antiguos proscritos. Después de esa ejecución, el gobierno, ya porque hubiese recobrado la sangre fría, ya por moderación ó arrepentimiento, negóse á llevar más lejos tan inesperada é inoportuna repetición del golpe de Estado. En su número del 25 de marzo, el *Monitor* anunció « que se había conseguido el fin propuesto, y que los mismos que sufrían los rigores gubernamentales nada tenían que temer si no se hacían culpables de nuevos actos. » En los años que siguieron, la ley de seguridad general subsistió como una espada de Damocles sobre todos los demócratas; pero los que la habían forjado parecieron cansarse de tenerla suspendida, y si bien permaneció como una amenaza, al menos no hirió casi nunca.

(1) He aquí los nombres de los diputados que votaron contra la ley: Ancel, el marqués de Andelarre, Brame, Curé, Darimón, el conde de Flavigny, Gareau, Gouin, Halligon, Henon, Leopoldo Javal, el barón de Jouvenel, el conde Enrique de Kersaint, Koenigswarter, el conde Anatolio Lemercier, Legrand, el barón de Lesperut, el marqués de Mortemart, Ollivier, Julio Ouvrard, el conde de Pierres, Plichón, el vizconde de Rambourgt y el marqués de Talhouet.

(2) Haussmann, *Memoires*, tomo I, pág. 356.

(3) Véase *Procès-verbaux du Sénat*, año 1858, tomo I, páginas 169-172.

(4) Véase el informe del general Espinasse al emperador, junio de 1858 (*Papiers des Tuileries*, tomo II, pág. 68). — Véase también Ténot, *Loi de sûreté générale, passim*.

III

Mientras el gobierno se armaba de esos poderes extraordinarios, la Audiencia se preparaba para el proceso de Orsini y de sus cómplices. El 25 de febrero, los cuatro criminales comparecieron ante sus jueces. Gómez, interrogado el primero, sólo cuidó de salvar su cabeza. En voz débil y con marcado acento italiano que hacía su lenguaje casi ininteligible, balbuceó algunas humildes explicaciones mezcladas con excusas y arrepentimiento. « Era el criado de Orsini y obedecí á sus órdenes, » dijo. Y separándose de sus compañeros en una defensa desesperada, añadió: « Si el Sr. Orsini quiere morir, allá él. » Rudío evocó su miseria: la miseria lo había precipitado en el complot, y había persistido luego por amor propio y por temor de que le llamasen traidor. Cuando le llegó el turno á Pieri, éste trató de eludir con una arenga las contestaciones precisas que le hubiesen puesto en un apuro: no se sabe qué asombró más, si las invenciones desvergonzadas que tuvo la audacia de sostener, ó las declaraciones teatrales con que cubrió sus embustes. Orsini fué el único que supo guardarse de esas bajezas é imposturas. Al principio del sumario, furioso de que sus cómplices le hubiesen denunciado, los acusó á su vez. Ante el jurado recobró toda su serenidad, afectó olvidarse de sus compañeros y se ofreció como única víctima. Su sistema de defensa se resumía en dos palabras: vió en el emperador un obstáculo para la libertad de Italia y resolvió inmolarse. Obstinóse, sin embargo, en negar que hubiese arrojado ningún proyectil: según su declaración, la tercera bomba fué lanzada por un italiano que no quería nombrar, cuya existencia nadie había sospechado hasta entonces y cuyas huellas no pudo encontrar la policía (5). Esta fué su única reticencia. Este fué el único indicio del deseo de salvarse y de esa esperanza que jamás abandona del todo á ningún acusado.

Los debates fueron breves y pálidos, de tal modo la evidencia del crimen aseguraba el desenlace. Impresionó al público la descripción de las bombas, ingeniosos aparatos tan sabiamente dispuestos para decuplicar los golpes mortales. Escuchó luego á los médicos que precisaron el número, la forma y la gravedad de las heridas. Habiendo terminado la audición de testigos, el procurador general, Sr. Chaix-d'Est-Ange, empezó su pedimento fiscal, pero sin que su reconocida elocuencia lograse despertar la curiosidad ó el interés. Es que la luz no se demuestra, y la facilidad misma de la tarea la hacía ingrata.

Lo que perjudicó á Chaix-d'Est-Ange favoreció á Julio Favre, defensor de Orsini. Entraba Favre en el brillo de la nueva carrera que su mandato legislativo iba á asegurarle. El recuerdo de su papel algo equívoco en 1848 empezaba á borrarse, y no quedaba más que la impresión de su maravillosa elocuencia renovada y rejuvenecida recientemente por causas de gran resonancia. Con audaz habilidad trazó fuera de todas las reglas habituales el cuadro de su extraordinaria defensa. « Asisto á Orsini en este momento supremo, dijo, no para presentar una defensa inútil, no para glorificarlo, sino para

(5) Audiencia del Sena: interrogatorio de Orsini (*Gazette des Tribunaux*, 27 de febrero de 1858).

ver si logro hacer brillar en su alma inmortal, que va á volver al seno de Dios, un rayo de esa verdad que puede proteger su memoria contra acusaciones inmerecidas. » Por medio de una verdadera prestidigitación de la elocuencia, pronto desapareció todo, el sangriento espectáculo de las víctimas inmoladas, la espantosa perturbación pública: todo se absorbió en la imagen algo confusa y, sin embargo, radiante de un ensueño patriótico, ensueño de la libertad italiana, ensueño que había arrullado á tantas almas nobles, ensueño entrevisto quizá hasta por aquel á quien Orsini había elegido para víctima. En esas regiones quiméricas y soberbias, Julio Favre se exaltaba con una elocuencia esmerada hasta la sujeción y atrevida hasta la licencia, armoniosa y dura á la vez, llena de temeridades recogidas apenas insinuadas. Abandonaba sin remisión su defendido á la muerte, pero redimía de antemano su memoria y le trazaba como una ruta indecisa, manchada de sangre sin duda, pero iluminada con resplandores parecidos á los de los mártires. Al final de su peroración, osó leer una especie de abjuración patriótica de su cliente al emperador en favor de Italia. Luego, con un acento grave, patético, fatalmente resignado, más parecido al de una oración fúnebre que á una defensa, terminó así: « Para cumplir con vuestro deber sin pasión y sin debilidad, no necesitáis, señores, las excitaciones del señor procurador general. Pero Dios que nos juzgará á todos, Dios ante quien los grandes de este mundo, despojados del cortejo de sus cortesanos y de sus aduladores, aparecen tales como son, Dios que es el único que mide la magnitud de nuestras faltas, la fuerza de los impulsos que nos extravían y de la expiación que las borra, Dios pronunciará su sentencia después de la vuestra, y quizá no niegue un perdón que los hombres habrán creído imposible en la tierra. »

Después de dos días de debates se pronunció el fallo. Orsini, Pieri y Rudío fueron condenados á muerte, y Gómez á cadena perpetua. El crimen era demasiado grande para permitir la clemencia, y después de varios días de indecisión, se acordó que la terrible sentencia sería ejecutada, excepto para Rudío. El 13 de marzo, las puertas de la cárcel de la Roqueta se abrieron, y Pieri y Orsini marcharon á la muerte, el primero con el afectado aplomo que había mostrado durante su proceso, y el segundo con la altiva firmeza que no le abandonó jamás. Al ir á entregarse al verdugo, Orsini, silencioso hasta entonces, dió un grito, uno solo: « ¡Viva Italia! » é inmediatamente después su cabeza cayó. Ese grito, ese grito supremo no solamente lo oyó la muchedumbre, sino que hasta repercutió en el palacio de aquel á quien el asesino había querido matar. Orsini, en sus últimos días, no pertenece ya á Francia, sino á Italia, así es que al hablar de este país encontraremos de nuevo su influencia y su nombre.

IV

No quedaban vencidas todas las dificultades suscitadas por aquellos miserables asesinos. Del atentado del 14 de enero había surgido entre Francia é Inglaterra un grave altercado internacional.

Hemos visto cómo el Sr. Walewski, en su despacho del 20 de enero, protestó en términos corteses, pero

bastante enérgicos, contra los abusos del derecho de asilo. Aunque lord Palmerston, que dirigía entonces la política inglesa, fuese el más sensible de los hombres, aquella comunicación no pareció ocasionar desde luego entre ambos países una tirantez considerable de relaciones. Lord Clarendon, jefe del *Foreign Office*, se contentó con alegar las costumbres británicas: « El derecho de asilo era respetable hasta en sus abusos; jamás consentiría el Parlamento en votar un *bill* para la expulsión de los extranjeros: tanto montaba pedir á la Cámara de los Pares ó á la de los Comunes la anexión de Inglaterra á Francia (1). » Hecha esta salvedad, los consejeros de la reina no manifestaron repugnancia alguna á estudiar la legislación vigente y corregir sus deficiencias, si las tenía. Su actitud fué tanto más conciliante cuanto que el gobierno imperial, por su parte, se mostró cuidadoso de temperar con el conjunto de sus procedimientos el lenguaje de su primer despacho. El emperador había manifestado ya sus leales intenciones en una carta á la reina Victoria. « En la efervescencia del momento, escribió, los franceses se imaginan ver cómplices del crimen en todas partes, y me cuesta trabajo resistir á las medidas extremas que me quieren hacer tomar. Pero ese acontecimiento no me hará perder mi acostumbrada calma, y aunque procure fortalecer al gobierno, no quiero ser culpable de ninguna injusticia (2). » Pocos días después, el 25 de enero, lord Cowley dió un baile, y Napoleón III no dejó de asistir. Al día siguiente, el *lord-maire* estuvo con el cuerpo municipal en la embajada de Francia para depositar un mensaje de felicitaciones, y el embajador, Sr. de Persigny, insistió con mucha energía sobre la importancia de la alianza inglesa. Ciertamente es que añadió que si la legislación era suficiente, urgía aplicarla, y que, en caso contrario, no era menos urgente completarla. Pero esas críticas iban envueltas en tan calurosas protestas de amistad que perdieron en parte su carácter irritante (3). En aquel entonces preocupaban á Inglaterra un gran motivo de inquietud y un gran motivo de alegría: inquietud por la terrible insurrección que había estallado en las Indias, y alegría por el casamiento de la hija mayor de la reina con el príncipe de Prusia; y la opinión pública parecía más dispuesta á evitar las querrelas que á prolongarlas. En tales circunstancias, lord Palmerston, aunque se negó á limitar el derecho de asilo, consultó los jurisconsultos de la corona, y de sus conferencias salió un proyecto que castigaba como crimen de alta traición todos los complots formados en Inglaterra para el asesinato de un príncipe extranjero (4). La moción había de ser sometida á las Cámaras inmediatamente después de las vacaciones parlamentarias.

En esto sobrevino algo que exaltó en grado superlativo el amor propio británico. Ya hemos hablado de los

(1) Despacho de lord Clarendon á lord Cowley, 23 de enero de 1858, leído por lord Clarendon á la Cámara de los lores, el primero de marzo de 1858 (*Parliamentary debates, Third series*, tomo CXLIX, pág. 66).

(2) Carta de 17 de enero de 1858 (*The life of the Prince Consort*, por Teodoro Martín, tomo IV, pág. 155).

(3) Véase *Opinions et discours de M. de Persigny*, reunidos por M. Delaroa, pág. 82.

(4) Esos complots habían figurado hasta entonces en la categoría de simples delitos.

mensajes que los coroneles enviaron al emperador después del atentado. Aquellos testimonios de lealtad nada tenían de insólito y hasta estaban conformes con antiguas tradiciones. Lo extraordinario era la violencia, la brusquedad casi brutal de algunos de aquellos documentos que, so pretexto de homenaje al soberano, estaban llenos de amenazas y hacían revivir todas las antiguas rencillas internacionales ya casi sepultadas en el olvido. A dichas manifestaciones, que sin duda hubieran pasado inadvertidas, la publicidad del *Monitor* las dió la más deplorable importancia (1). A aquellas imprudencias se añadieron las acusaciones de los periódicos oficiosos, afanosos de buscar en el pasado los procedimientos egoístas ó incorrectos del gobierno británico: mientras nuestros soldados se hacían matar en Inkermann, lord Stratford contrariaba todos nuestros planes en Constantinopla; en 1856, en el congreso de París, Inglaterra se había unido con el Austria contra nosotros; y ella entorpecía nuestros planes para la apertura del istmo de Suez. De esos escritos nació en Londres una irritación llevada hasta la cólera, y sobre todo un vivo deseo de represalias. Bien se echó de ver al reanudarse las tareas del Parlamento.

Este se reunió el 4 de febrero. Desde las primeras sesiones estalló el sentimiento general. El principal cargo que la oposición hacía al gobierno era que éste no hubiese contestado oficialmente al despacho francés del 20 de enero. En medio de tan desfavorables disposiciones, fué presentado á la Cámara de los comunes el *bill* sobre las conspiraciones contra los soberanos extranjeros. Lord Palmerston, para calmar á sus adversarios, se previó de que el gobierno imperial acababa de desaprobar los mensajes militares que traspasaban los límites de las conveniencias (2), y de este modo obtuvo de la Cámara el voto del proyecto en primera lectura. Este triunfo era precario. El 19 de febrero volvió el *bill* á la Cámara para la segunda lectura, y toda la influencia del primer ministro no pudo evitar la derrota. Al terminar él su discurso, el diputado Milner-Gibson presentó una enmienda redactada con una artificiosa habilidad: «La Cámara, decía M. Gibson, manifiesta su horror por el atentado contra la vida del emperador, y prestará su concurso para que se ponga remedio á los vicios que puedan existir en la legislación. Sin embargo, no puede menos de sentir que el gobierno, antes de invitar la Cámara á modificar la ley, no haya creído que debía contestar al despacho francés de 20 de enero.» A pesar de los esfuerzos de Palmerston, la moción fué adoptada, en medio de ruidosos hurras, por 234 contra 215. Palmerston presentó su dimisión, y lord Derby, con Disraeli y lord Malmesbury, formó un nuevo gabinete. Tal fué en el Parlamento británico la contestación á los mensajes de los coroneles.

«Cuando nos encargamos del poder, la paz era cuestión, no de meses ni de días, sino de horas.» Así había de expresarse, dos meses después, en un discurso

(1) Véanse los mensajes del 82.º de línea, del 5.º de lanceros, del 22.º de línea, del 12.º de artillería y del general comandante de la 2.ª división militar (*Monitor* de los días 22, 27, 28 y 31 de enero de 1858).

(2) Despacho de M. Walewski al Sr. de Persigny, 6 de febrero de 1858, leído en la Cámara de los comunes el 9 de febrero. (*Parliamentary debates, Third series*, tomo CXLVIII, pág. 1004).

á los electores de Buckingham, el canciller del Echiquier, Sr. Disraeli. Este lenguaje revela más nerviosidad que sangre fría. Nunca corrió la paz tales peligros (3). Sin embargo, cuando, en 1.º de marzo, lord Derby se presentó ante el Parlamento para exponer el programa de su ministerio, cierto embarazo, cierta vacilación que contrastaba con la acostumbrada fluidez de su maravillosa palabra, dejaron presentir las delicadas coyunturas en que se hallaban colocados los dos países. La sensatez y la moderación llena de dignidad del gobierno imperial impidieron que la desavenencia degenerara en conflicto. En términos excelentes, Walewski manifestó la sorpresa y el pesar de que el pensamiento y los términos de su comunicación hubiesen sido tan mal interpretados. El 11 de marzo, en un nuevo despacho impregnado de una cortesía ligeramente desdeñosa, resumió todas las fases del incidente, recordando los esfuerzos del emperador para reconciliar dos grandes naciones tan largo tiempo separadas. Para que la unión fuese duradera, «importaba que el honor de uno de los dos pueblos no fuese jamás sacrificado al honor del otro.» Después de haber explicado el verdadero carácter de las precedentes gestiones, Walewski señalaba nuevamente «la presencia en Londres de una secta extranjera que en diez años había enviado nada menos que ocho asesinos para matar al emperador.» Pero se guardaba bien de insistir, considerando que la brevedad del lenguaje agravaría el peso del reproche. Para el emperador, añadía Walewski, «no se trata de salvar la vida, sino de salvar la alianza.» «No habiendo sido comprendidas nuestras intenciones amistosas, terminaba diciendo el ministro francés, nos abstendremos de toda discusión ulterior que perjudicaría á la buena inteligencia de ambas naciones, y confiaremos en la lealtad del pueblo inglés (4).»

No era posible emplear un lenguaje más pacífico ni más sensato; no se podía terminar más dignamente una lamentable querrela. Pero una nueva complicación estuvo á punto de prolongar la mala inteligencia y de aumentarla. El 14 de febrero, en su habitación de Park-Street, había sido preso Bernard el Clubista, el prudente compañero de Orsini. Si la ley inglesa era ineficaz ó poco explícita en materia de complots contra los soberanos extranjeros, castigaba la complicidad en materia de homicidio, aunque este homicidio se hubiese perpetrado en el extranjero. Todo demostraba la complicidad de Bernard: había participado en el encargo de las bombas; había hecho llevar dichos proyectiles á Bruselas por un mozo del café Suizo; había intervenido á fin de que Zeghers los transportase de Bruselas á París, y había, en fin, mandado á llamar á Rudio, á quien entregó dinero, un pasaporte falso y una contraseña, expidiéndolo por último á Orsini. El ministerio británico esperaba una condena que le sirviese de contestación á los que le acusaban de impotencia ó de inercia. Pues bien, á pesar de la abundancia de pruebas, el jurado inglés pronunció, en 17 de abril, un fallo absolutorio.

Bajo la emoción de ese veredicto escandaloso, ¿no iba

(3) Véanse las explicaciones de lord Clarendon á la Cámara de los lores, 1.º de junio de 1858 (*Parliamentary debates, Third series*, tomo CL, págs. 1270 y siguientes).

(4) Despacho de M. Walewski á M. de Persigny, 11 de marzo de 1858 (*Monitor* del 16 de marzo de 1858).

V

á romperse para siempre la alianza? El mismo día en que Bernard era declarado *no culpable*, un nuevo embajador, nombrado en substitución de Persigny, desembarcaba en Douvres. Era el glorioso Pelissier, duque de Malakof. En tan apuradas circunstancias, aquel nombramiento había sido un golpe maestro. Pelissier simbolizaba los recuerdos más gratos para los ingleses, la sangre vertida en común en una guerra común, la inteligencia íntima con lord Raglán, la más completa unidad de miras para la dirección de los asuntos militares. Sin duda «era más grosero que refinado,» como decía sir Greville, y «entendía tanto de diplomacia como de astronomía ó de música.» Pero eso ¿qué importaba? Su solo nombre era un programa y valía más que todas las notas diplomáticas. Al pisar el suelo inglés, el viego mariscal fué acogido con un aparato inusitado; salióle al encuentro un soberbio cortejo; la corporación de Douvres le presentó un mensaje, mientras todas las tropas del condado formaban para recibirlo. En Londres, donde llegó en la época más brillante de la estación, se hizo un recibimiento igualmente cariñoso. El *United-club-service* le ofreció un banquete que dió lugar á las más solemnes protestas de amistad; y los miembros más considerables de la aristocracia británica se disputaron el honor de poseer á tan ilustre huésped. En medio del brillo de aquellas fiestas y entre todas aquellas manifestaciones de cordial unión, ¿que valía la persona del miserable Bernard, puesto en libertad? ¿Cómo guardar rencor por los disgustos de la época reciente, cuando todo convidaba á evocar las imágenes de Crimea y á estrechar los lazos de aquella gloriosa solidaridad militar? La prensa británica ayudaba á restablecer la buena inteligencia, y censurando el veredicto del jurado, hablaba en tono despreciativo de «la falta de inteligencia y de las costumbres mezquinas y rutinarias de los tenderos de Londres.»

En Francia causaron buena impresión aquellas manifestaciones amistosas y los resentimientos se apaciguaron poco á poco. Varias veces el *Monitor* desmintió la noticia de armamentos extraordinarios. Pocos meses después, el 4 de agosto, los soberanos de Francia y de Inglaterra, deseosos de borrar el último recuerdo de su desavenencia, se reunieron en Cherburgo, donde se celebraban con grandes fiestas la terminación de las obras del puerto y la inauguración de la estatua de Napoleón I. La entrevista fué cordial, aunque se vió al emperador algo triste y preocupado y aunque los ingleses, al pasear sus miradas por la rada de Cherburgo, recordasen de vez en cuando que todo aquel grande arsenal había sido creado contra ellos. Todas las desconfianzas se disiparon, y pareció que se había vuelto á los mejores días de la alianza, cuando el 8 de agosto, contestando al alcalde de la ciudad, Napoleón III pronunció una de sus habituales arengas, pacíficas y altivas á la vez, y á las cuales, por desgracia, no siempre respondían sus actos.

Después de haber hablado de la doble inauguración, á que los extranjeros habían sido invitados como amigos y no como rivales, el monarca terminó su discurso con estas palabras:

«Hagámosles ver que una nación en que reinan la unidad, la confianza y la unión resiste á los arrebatos de un día, y que, dueña de sí misma, no obedece más que al honor y á la razón.»

Bien acogidas en Inglaterra, aquellas prudentes, nobles y conciliantes palabras produjeron en Francia una saludable tranquilidad. Otros síntomas habían señalado ya el desistimiento de la áspera y violenta política inaugurada después del atentado de Orsini. En el mes de junio, el general Espinasse había sido reemplazado en el ministerio del Interior por el Sr. Delangle. Las exigencias en materia de pasaportes habían disminuído. Las instrucciones administrativas y de policía eran más suaves. La prensa había vuelto á su lenguaje habitual. Como para confundir á sus acusadores y demostrar que sus golpes no iban dirigidos más que contra los demagogos, el gobierno había tomado algunas medidas de clemencia; los generales Bedeau y Changarnier habían sido recientemente autorizados á volver á su patria.

La violenta borrasca no había pasado sin dejar huellas. Reinaba la calma, pero no toda la seguridad de antes. En presencia del atentado de Orsini, el país había dudado del poder que dependía de la casualidad, y de la libertad que, en vez de acercarse, se alejaba. En el mes de junio las elecciones para la renovación de los consejos generales se celebraron en medio de una indiferencia tan grande, que en muchos puntos no se pudo reunir el mínimo de votos. Los partidos, aunque inactivos, se mostraban cada vez menos dispuestos á adherirse al Imperio. Los legitimistas, depositarios del principio de autoridad, se asombraban de un poder tan bien armado y tan poco seguro de sí mismo. Los católicos, aunque adictos, tenían algunas quejas del gobierno: la principal se refería á una reciente circular que recomendaba á las administraciones de los hospicios la enajenación de sus bienes inmuebles á fin de aumentar sus rentas: en aquel consejo, que se parecía mucho á una orden, se había creído vislumbrar la intención de desnaturalizar el patrimonio de los pobres, fruto de las antiguas liberalidades católicas, y disminuir su solidez: así es que el proyecto gubernamental, abandonado más tarde, suscitaba entonces numerosas reclamaciones. Los orleanistas estaban entregados á sus duelos: seis meses antes habían perdido á la duquesa de Nemours, y en el mes de mayo había fallecido la madre de su príncipe, la duquesa de Orleans: aún ocupaban completamente su memoria aquellos conmovedores funerales, celebrados entre lágrimas y una concurrencia extraordinaria de fieles. Los liberales, los que, recientemente, en el Cuerpo legislativo habían sido calificados de «gente honrada» por los oradores oficiales, no se fiaban más que á medias de la tolerancia prometida y no manejaban sino con un arte lleno de precauciones el arma de la crítica. Al finalizar el año, uno de ellos, Montalembert, que había osado prescindir de la circunspección común, tocó las consecuencias del exceso de confianza. Con el título de «Un debate sobre la India en el Parlamento inglés,» había comparado en un artículo del *Correspondant* las vivas discusiones de las Cámaras británicas con los desanimados debates del Cuerpo legislativo (1). En dicho escrito el tribunal descubrió toda clase de delitos, la excitación al odio y al desprecio del gobierno, el ataque contra los poderes del emperador,

(1) Véase el *Correspondant*, 1858, tomo IX, págs. 205-274.

contra el sufragio universal, contra el respeto debido á las leyes, y, en fin, una tentativa para turbar la tranquilidad pública excitando el odio de unos ciudadanos contra otros. Montalembert, defendido por Berryer, fué condenado á seis meses de prisión. Indultado antes de la expiración del plazo de apelación, y, por una coincidencia irónica, en el aniversario del 2 de diciembre, rehusó el indulto, compareció ante el Tribunal que redujo la prisión á tres meses, y fué indultado de nuevo á pesar suyo. Napoleón, hablando en Compiègne con lord Clarendon, explicó en los siguientes términos el motivo de aquellos rigores: «Hay en nuestro país una verdadera conspiración de escritores contra mi gobierno. Guardándose de los ataques directos y procediendo de la manera más insidiosa, introducen en asuntos que, al parecer, no afectan á la política ni á Francia, las alusiones más hostiles y más injuriosas para mí. Condenando á un hombre tan ilustre como Montalembert, he querido hacer un ejemplar que produzca en ese partido un miedo saludable (1).»

(1) *The Greville Mémoires*, tomo VIII, pág. 219.

Así terminaba el año de 1858. De pronto fijóse un nubarrón en el horizonte político y aumentó hasta invadirlo enteramente. Poco después del atentado de Orsini, el príncipe Alberto escribió: «Me temo algún golpe teatral italiano (2).» Este golpe teatral estaba á punto de producirse. Para explicar aquí los acontecimientos que van á seguir, hemos de remontarnos á unos cuantos años atrás y entrar en los detalles de una evolución que se perseguía hacia tiempo, ora públicamente, ora en la sombra, pero con una perseverancia incansable. En el nuevo orden de acontecimientos que va á presentarse para nosotros, ningún hecho debe ser despreciado, ninguna revelación debe pasar inadvertida, y, cualesquiera que sean los desarrollos, no nos consideraremos dispensados de exponerlos á los lectores, tan importante es la materia. Política italiana, se dirá. No, no, política francesa, como harlo se verá en el curso de esta narración. FUE EN ITALIA DONDE SE DECIDIÓ LA SUERTE DEL SEGUNDO IMPERIO.

(2) Carta del príncipe Alberto al barón Stokmar, 21 de abril de 1858 (*The life of Prince Consort*, por Teodoro Martín, tomo IV, pág. 216).

LIBRO DÉCIMOCUARTO

EL PIAMONTE É ITALIA

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Las soberanías italianas: Austria: gobiernos italianos de 1815 á 1846: Pio IX y sus tentativas: agitaciones de 1848: reacción.
- II.—El Piamonte: Víctor Manuel: de las razones diversas que le hicieron retroceder ó avanzar: de cómo mantuvo el estatuto y escapó á la influencia de Austria.
- III.—El caballero Máximo de Azeglio: su carácter; tendencias de su ministerio; acusaciones contra el Austria: lucha contra Roma: ley del *Fuero* é incidentes diversos. De cómo de Azeglio dejó de mantenerse á la altura de su misión: su retirada.
- IV.—Cavour; su educación; su juventud; principios de su vida política; su entrada en el ministerio, y aspecto bajo el cual se revela en él: de cómo llega á la presidencia del consejo (4 de noviembre de 1852).
- V.—Plan general de Cavour: de cómo procura hacer renacer la *cuestión italiana*.—De su celo en dar importancia al Piamonte: los emigrados; la prensa; las correspondencias extranjeras; los turistas.—Esfuerzos por captarse las simpatías de Francia.—El Austria: motín en Milán: conflicto diplomático entre Viena y Turín.—Lucha con Roma: incidentes diversos: ley sobre las órdenes religiosas.
- VI.—La guerra de Oriente: de cómo y por qué desea Cavour mezclarse en ella: primeras negociaciones: Drouyn de L'Huys y Villamariana; sir Hudson y Cavour: objeciones y aplazamiento.—Apuros de Inglaterra que busca soldados por todas partes: se vuelve á estudiar el proyecto abandonado: condiciones de la intervención; vacilaciones: osadía de Cavour que se compromete sin ninguna garantía: firma del tratado.—El tratado de alianza en la Cámara de los diputados y en el Senado: objeciones: voto.—Lastimosos auspicios bajo los cuales se inaugura la empresa: Traktir: se adivina que la guerra toca á su fin: todo depende de Napoleón III.
- VII.—Viaje del rey y de Cavour: acogida en París: permanencia en Londres; Cavour y Clarendon.—¿Qué se puede hacer por Italia?—Memoria de Cavour á Walewski.
- VIII.—El congreso de París: Cavour y sus relaciones con los miembros del congreso: sus esfuerzos y sus intrigas para asegurarse el apoyo del emperador: á falta de beneficios inmediatos, Cavour quiere, al menos, *entablar la cuestión italiana ante el congreso*. Minghetti en París: memorándum del 27 de marzo: de cómo la cuestión italiana es discutida en la última sesión del congreso (8 abril).—Ilusiones y pasajera exaltación de Cavour: de cómo sus ilusiones se disipan.—Vuelta de Cavour á Turín: de qué manera conviene apreciar los resultados de sus esfuerzos.
- IX.—Cavour y el gobierno austriaco: sus esfuerzos á fin de hacer renacer los conflictos.—Actitud moderada del Austria: de cómo es aconsejada por Inglaterra.—Viaje del emperador Francisco José á Italia: incidentes: de cómo el Austria pierde el fruto de su prudencia, y de qué manera se acentúa la división entre los gobiernos de Viena y de Turín.—Cavour y los revolucionarios italianos: la Farina: creación de la *Sociedad nacional italiana*: su composición, su objeto, su funcionamiento.
- X.—Triple cuidado de Cavour en 1857.—El emperador Nicolás III y las señales contradictorias de su política.—Mazzini; sus intrigas: motín en Génova.—Oposición en el interior: elecciones legislativas en el Piamonte: su resultado: crisis que atraviesa Cavour y de cómo triunfa de ella.
- XI.—Atentado de Orsini: recriminaciones contra Cerdeña: incidentes diversos: grandes riesgos que corren los planes de Cavour.—Cambio brusco: proceso de Orsini: extraños incidentes.—De cómo la alianza, un momento comprometida, se reanuda.
- XII.—Un mensajero del emperador en Turín: cómo y con qué misterio es preparado el viaje de Cavour á Plombières.—Entrevista de Cavour con el emperador: asuntos debatidos en ella: del matrimonio del príncipe Napoleón.—Cavour después de la entrevista de Plombières, y su regreso á Turín.
- XIII.—De cómo es anunciado el viaje de Cavour.—Las Tullerías: algunos síntomas de una evolución política.—Edmundo About y la cuestión romana; la cuestión Mortara.—Del estado de Italia: confidencias de Cavour al Sr. Pasolini: la *Sociedad nacional*: actividad de Farina: proyectos de insurrección en la Italia central.—Francia á fines de 1858: la corte imperial en Compiègne; lord Clarendon; lord Palmerston; Salvagnoli: el príncipe Napoleón: lenguaje de los periódicos: nota pacífica del *Monitor* (4 diciembre).—Emociones en Europa y precauciones en Austria.—Preparativos de Cavour; sus confidencias; del acierto con que precisa la hora de la lucha.

I

La obra ya vieja de la unidad italiana ha borrado de tal modo la huella de las antiguas circunscripciones territoriales, que conviene recordar á las generaciones nuevas cuáles eran las soberanías que compartían antiguamente el suelo de la Península.

El congreso de Viena, en 1815, creó en Italia tres Estados centrales: al Norte, el *reino del Piamonte*, pues-

to otra vez bajo la vieja autoridad de la casa de Saboya, se extiende desde el pie de los Alpes hasta las riberas del Tesino, agrandado con la antigua república de Génova; al Sur, el *reino de las Dos Sicilias*, devuelto á la casa de Borbón; en el centro, los *Estados de la Iglesia*, que comprendían cuatro partes distintas: Roma y el patrimonio primitivo del Padre Santo, la Umbría con las provincias de Perosa, Spoleto y Rieti, y, en la vertiente oriental de los Apeninos, las Marcas de Ancona